

Franz Rosenzweig. 2015.
Escritos sobre la guerra.
Ed. y trad. de Roberto Navarrete.
Salamanca: Ediciones Sígueme. 237 pp.

Franz Rosenzweig es uno de los pensadores judíos contemporáneos más influyentes y a la vez menos conocidos. En sus escritos ofrece las claves de un «nuevo pensamiento» que estará presente en las filosofías de autores más conocidos, como M. Buber, E. Levinas o J. Derrida. La obra que reseñamos contribuye a la difusión de un pensamiento riguroso y sugerente, que ilumina con sus eternas preguntas a una reflexión filosófica quizá demasiado empeñada en ganar respuestas definitivas (y por ello limitadas).

Los *Escritos sobre la guerra* recogen las reflexiones de Rosenzweig sobre las causas y el sentido (la meta) de la Gran Guerra, de la que fue testigo como enfermero en las trincheras de los Balcanes. Redactados en 1917, en ellos podemos reconocer la impronta de la filosofía de Hegel, estudiada y analizada críticamente en su tesis doctoral publicada con el título *Hegel y el Estado*, obra de la que no contamos todavía con traducción española.

La experiencia de la guerra causó tal impacto en Rosenzweig, que tras ella su pensamiento dio un giro que le condujo a la elaboración de su obra más importante y conocida: *La estrella de la redención*. Políticamente, los textos que componen los *Escritos sobre la guerra* abarcan desde la Antigüedad hasta Bismarck; filosóficamente, abarcan desde la tesis sobre Hegel hasta la elaboración de *La estrella*. Para culminar la difusión y el reconocimiento entre los lectores hispanohablantes del valor del pensamiento del autor como inspiración de los más importantes pensadores judíos contemporáneos, sería necesario contar con la traducción, entre otros escritos, de su obra *Hegel y el Estado*.

Rosenzweig considera que en la Guerra Mundial se perdieron las esperanzas de convertir el Estado bismarckiano en un Reich abierto al mundo. El ocaso del pueblo alemán, confirmado en la Guerra, representó también la crisis del sistema de Hegel; de ahí

que en *La estrella* Rosenzweig lo cuestione y trate de superarlo. La crisis existencial y filosófica experimentada en 1917 ahonda en la crisis espiritual sufrida en 1913, cuando Rosenzweig estuvo a punto de convertirse al cristianismo, renunciando a sus raíces judías. Estas experiencias le llevaron a plantearse qué significa ser judío en Alemania.

El cuestionamiento aparece también reflejado en los escritos que componen *El país de los dos ríos. El judaísmo más allá del tiempo y la historia* (2014). Se trata de una selección de artículos, reseñas, apuntes y conferencias, traducida por Iván Ortega Rodríguez y cuya lectura, junto con la que aquí reseñamos, ayuda a comprender el modo en que se fue gestando el «nuevo pensamiento», vinculando los estudios de Hegel, la experiencia de la guerra y la pregunta continua de lo que significa ser judío en la diáspora. Roberto Navarrete y Patxi Lanceros muestran la relevancia y pertinencia de sus análisis en el estudio que concluye esta obra: “De Hegel a *La estrella*: ahora, todavía y siempre”.

Lo viejo y lo nuevo

Los escritos que componen la primera parte del libro pueden ser comprendidos a la luz de una misma clave: la tensión entre lo «viejo» «y» lo «nuevo» (entendiendo el «y» como la realidad presente). Así, si partimos de lo que Rosenzweig llama el viejo pensamiento, vemos cómo la filosofía tradicional, representada por Sócrates, es considerada un pensamiento enfermo, que desatiende a la realidad vivida para ahondar en la realidad pensada: lo que está más allá de las apariencias. El asombro tradicional paraliza e incapacita para la vida. En cambio el entendimiento sano, propio del «nuevo pensamiento», permite vivir, atendiendo al modo en que la realidad se muestra.

Rosenzweig vincula el entendimiento enfermo con el modo de pensar de los expertos, que aíslan una parcela de la realidad para comprenderla en profundidad, pero son incapaces de atender al conjunto; es decir, son expertos en parcelas de la vida, pero no comprenden la vida como tal, pues para vivirla se necesita una mirada

más integradora, propia del sano entendimiento. Cuando la política se deja en manos de expertos, se gestiona el Estado sin tener en cuenta la vida en su conjunto. Es el ciudadano medio el que puede aportar esta perspectiva, de ahí que el autor defienda el sufragio universal, frente a un sistema basado en un «parlamento de expertos». Esta forma de distinguir entre la filosofía tradicional (conocimiento experto) y el «nuevo pensamiento», será el núcleo de una obra posterior del autor: *El libro del sentido común sano y enfermo* (poco académica, pero muy sugerente, quedó inicialmente fuera de sus obras completas por expreso deseo del autor).

La historia se renueva a través de las generaciones, que no se constituyen por su naturaleza, sino por sus acciones, pero para que una generación adquiera un carácter propio, tiene que darse la ocasión histórica para ello. Hay que atender al instante presente para que sea la propia realidad, lo próximo, lo que dé las claves para su transformación. Hay una sabiduría que permite caminar en la vida cotidiana, pero la seriedad de determinados instantes pide una sabiduría nueva, que parta de la conciencia clara de la gravedad de los problemas que acontecen. Esta conciencia es el puente entre el ser y la acción. Hay que despertar de la comodidad cotidiana para tomar conciencia de cuándo y cómo hay que transformar la situación.

Si sólo atendemos al futuro, perdemos la perspectiva del presente y corremos el peligro de traer a destiempo futuros para los que no es tiempo todavía. Las acciones políticas han de navegar siempre entre lo nuevo y lo viejo. La dificultad estriba en que no siempre tenemos conceptos para pensar lo nuevo: las situaciones nuevas hacen que un determinado atuendo conceptual quede en desuso, no nos quepa, para pensar la realidad presente. Por ejemplo, una Constitución que no cuenta con la posibilidad futura de la guerra, se basa en conceptos que no podrán revestir la realidad, ayudar a decirla y comprenderla, en el caso de que llegue la guerra.

Un determinado conflicto, una guerra, trae tales novedades que no tenemos conceptos suficientes o adecuados para nombrarlas. Cuando las excepciones acontecen regularmente (como ocurre en situación de guerra), ya no hay que considerarlas una excepción, sino tratarlas como una regla: son confirmaciones de una nueva

regla, no excepciones de la vieja regla. Las guerras exigen un cambio de percepción de la realidad en este sentido. ¿Significa esto que debemos elaborar constituciones que contemplen la guerra, es decir, para tiempos de guerra, o es mejor elaborarlas para tiempos de paz?

Rosenzweig, anticipando la noción de conjunción, que aparecerá en *La estrella* (el «y» que integra la pluralidad), señala que entre lo nuevo y lo viejo no hay disyunción, sino conjunción en el presente: “el silencioso y alegre «y» del cumplimiento” (p. 40). Esta categoría (la «y»), nuclear en su pensamiento posterior, no es meramente un nexo entre dos elementos, sino que contiene ella misma entidad y por ello vincula la pluralidad (que es entonces triple, no dual). En este caso, de la dualidad viejo-nuevo, gracias a la conjunción brota la triple realidad: lo viejo «y» lo nuevo; es decir: pasado-presente-futuro.

Cuando se dice «todo para el pueblo, todo por el pueblo», ¿nos referimos al pueblo de ayer, que anticipó la revolución; al de hoy, que la inicia; al pueblo futuro, que vivirá las consecuencias de la revolución? La realidad (presente) es lo que acontece en el límite entre la experiencia (pasada) «y» la esperanza (futura). Rosenzweig considera que Alemania se preparó militarmente no tanto para esta guerra presente, sino para una guerra futura. Defendiendo su existencia, Alemania encontró el sentido de su presencia en Europa: la esperanza en construir un gran imperio.

La palabra es esencial para despertar conciencias. En este sentido, la palabra más importante es la «existencia» (*Dasein*), el «ser ahí». En la Gran Guerra, Alemania luchó por legitimar su pasado, preservar su presente y por darse un lugar, una existencia (ser ahí), en el mundo futuro. El pueblo sacrifica su ser cuando ve peligrar su existencia, si ya no hay amenaza, el Estado sólo puede mantener el sacrificio del pueblo recurriendo a la violencia. En la Gran Guerra se prohibió hablar de otras metas que no fuesen la defensa, para mantener al pueblo en la lucha.

La dialéctica de Hegel nos permite explicar el transcurso de la historia, pero no juzgarla o evitarla, pues identifica el ser de las cosas con su meta (con lo que deberían ser). Las naciones intentan salvar su ser en las guerras situando su existencia en la meta. Las guerras

defensivas se acaban justificando por la mera existencia de potencias distintas a nosotros mismos ¿En qué medida es entonces evitable la guerra?

Lo esencial para la existencia de un pueblo no es el territorio (no lo será para el judaísmo, en los análisis que de él hace en *La estrella*), sino la unidad política (el Estado). En la Gran Guerra, el pueblo lucha como unidad política, no como ejército. Se dice que la guerra es la continuación de la política, pero no hay que identificarlas: la política es más que la guerra, por lo que puede controlarla. La meta del realismo político es la guerra; la del idealismo político, la política. Los Estados deciden si entrar o no en la guerra y en ese sentido, hay políticas (y constituciones) destinadas a la guerra y políticas que se mantienen como política.

¿Cuál es el fundamento (la razón) y la finalidad (meta) de la guerra? La razón de la guerra define la esencia de la guerra; la meta de la guerra define la esencia de la política propia de un Estado. ¿Cuál debe ser la meta de la guerra? Rosenzweig comprende que ésta no debería ser debilitar al enemigo, sino fortalecerse uno mismo. La estrategia para debilitar al enemigo puede servir hoy, pero no mañana, si se convierte en aliado, por ejemplo. Lo que sí se mantendría siempre es la tarea de fortalecerse uno mismo frente a cualquier enemigo.

Pero en 1917, el enfrentamiento interno que sufre Alemania entre los partidos de izquierda y de derecha, le debilitan respecto del enemigo externo (Inglaterra). Ambos partidos se enfrentan en lo que se refiere a la meta de la guerra, es decir, la concepción de la política. Proponen dos modos de imperialismo: colonial (anexionismo) o continental (centroeuropeísmo). Ambos imperialismos podrían ir de la mano, según Rosenzweig, pero todavía no. Comprende que el fundamento histórico de la nacionalidad se encuentra más en la religiosidad que en las luchas internas y externas de un pueblo. La dificultad radica en dibujar conscientemente los contornos de la identidad del pueblo a partir de su vida religiosa.

La segunda parte de la obra, titulada *Globus*, se puede comprender a partir de las imágenes de la tierra y el mar (lo seco y lo húmedo). Rosenzweig señala que la historia universal comienza en el momento en que el hombre se refiere a la tierra mediante pronombres posesivos: esto es «mío», esto es «tuyo». De esta forma nace la primera frontera edificada en la tierra, la historia universal se escribe a partir del continuo desplazamiento de esta frontera. El final de la historia llegará cuando el nosotros sea ilimitado: abarque a todos, sin distinguir lo nuestro y lo vuestro. Hay en esta aspiración una tendencia a la universalidad, deudora del pensamiento de Hegel, que será abandonada en *La estrella* (la alusión al «todos» que engloba al nosotros y al vosotros adquiere un sentido nuevo en esta obra).

En “Ecumene”, primera parte del *Globus*, se analiza el desplazamiento de la frontera en la tierra; en “Thalatta”, segunda parte, se analiza cómo el acceso al mar desde la tierra ha sido también una forma de distinguir entre lo mío y lo tuyo. A pesar de hablar de la Gran Guerra en términos de Guerra Mundial, Rosenzweig señala que en ella no intervienen todos los países, por lo que el nombre no le viene dado por la extensión del campo de batalla, sino por las dimensiones de la meta de la guerra: conquistar el mundo, crear un imperio mundial carente de fronteras. *Globus* intenta mostrar cuáles son las causas de esta Gran Guerra.

La tierra es una aunque se tracen en ella fronteras políticas. En la época de Alejandro se quería dominar la costa. Para ello no necesitaban conquistar pueblos, sino sólo asegurar a través de ellos una vía de acceso a la costa. Grecia extendió su imperio a través del mar, pero la historia de Europa se transformó cuando César decidió conquistar las Galias: era la primera vez que se intentaba conquistar una tierra, no una costa. Comienza la historia universal, más allá de la historia mediterránea. La tensión entre el Atlántico y el Mediterráneo, París y Roma, el Rey y el emperador, marcó la Edad Media, junto con la disputa entre Roma y la Meca por el Mediterráneo. El Islam se hizo con el poder del mar y la cristiandad dirigió su mirada al océano (al Nuevo Mundo).

Carlos V fue el primero en intentar crear, en alianza con la Iglesia (y enfrentado al Islam), un imperio europeo. En el siglo XVIII, la expansión colonial comenzó a ser la meta de la gran política, dejando atrás el anhelo de crear un imperio europeo. El territorio marino se convirtió en el objetivo del poder político. El Estado, separado de la Iglesia, ya no aspiraba a dominar el mundo, sino a tener un lugar en el mundo: tener una posición relevante en él. La economía pasó a ser la potencia interior que sostenía la relevancia exterior, de ahí que empezara a determinar las decisiones políticas: nace así la «economía política».

En el siglo XIX, surge en Alemania la idea de nacionalidad como cuestión política. La revolución democrática introdujo la idea de pueblo en la noción de Estado, hasta que terminaron identificándose. Este nacionalismo se alimenta del universalismo propio de la democracia. La identificación entre el Estado y el pueblo transformó el concepto de nación, dotando a los Estados de un «alma propia». Las fronteras del Estado ya no dependían tanto del poder y las guerras, sino de la realización histórica y natural del alma del Estado.

Inglaterra aspiraba a un imperio mundial compuesto por una federación de Estados; Alemania, a un imperio formado por una familia de pueblos. A ellos se unió el imperio ruso, sin una idea de Estado consolidada (pero que se adivinaba en su tradición literaria). Los tres imperios luchaban, no tanto por su existencia, sino por sus límites: los tres querían llenar el mundo. Junto a estas luchas, Rosenzweig señala la importancia de la presencia del Islam en Europa: “un elemento cuyas posibilidades resultan todavía oscuras” (173). La relación con el Islam era clave, pues el Canal de Suez (centro espiritual éste), era la frontera entre Centroeuropa y el oriente europeo. Aun así, el autor reconoce que las luchas todavía responden a la idea de imperio; aún no se han dado las luchas más importantes, las que se dan por la idea de mundo.

África, dominada de norte a sur por el imperio británico, se reveló como el eje central de la tierra, rodeado por los dos nuevos océanos y el viejo mar. Las tres costas de África son el núcleo entre el pasado y el presente del mundo. La guerra mundial era una guerra por el mundo, por África: la parte más vieja y más nueva de la tierra,

uniendo así también las claves del análisis en las dos partes de esta obra. África representa la unión de la espacialidad del *Globus* y de la temporalidad de los escritos de la primera parte, que tienden puentes entre lo nuevo y lo viejo.

La disputa por el continente africano da nombre a la guerra de la que Rosenzweig es testigo: una guerra mundial, pues todos quieren dominar África y con ello tomar las riendas del eje que vincula el mundo. Rosenzweig ve en esta tensión el anuncio de una nueva guerra, que sucederá a la presente: “la humanidad no está todavía en casa. Europa no es aún el alma del mundo” (204). El mundo estará completo y carecerá de fronteras cuando todos sus miembros constituyan un solo cuerpo.

Actualidad de los análisis

El análisis llevado a cabo por Rosenzweig de las causas y de la esencia de la guerra sigue en la primera parte de esta obra una perspectiva temporal; en la segunda, una perspectiva espacial. El estudio que concluye la obra, escrito por R. Navarrete (quien también es el traductor) y P. Lanceros, complementa la obra desde una dimensión también temporal, pero en el marco del pensamiento del propio autor. El estudio se titula “De Hegel a *La estrella*: ahora, todavía, siempre” y en él se tiende un puente entre la lectura de los escritos políticos y la dimensión política de *La estrella*.

La filosofía de Hegel se encarnó, según Rosenzweig, en el proyecto del imperio nacional alemán de Bismarck, cuyo objetivo era realizar el Espíritu del Mundo. Esta aspiración condujo tanto a Alemania como al sistema de Hegel a la crisis que inspiró la elaboración de *La estrella*. En ella encontramos un pensamiento agujoneado por la muerte, que intenta conducir de la muerte a la vida.

Según los autores del estudio, Rosenzweig identificó como causa de la Primera Guerra Mundial lo que también terminó siendo la meta de la Segunda. La estrechez de la idea de Estado nacional se tradujo en meta: crear una unidad estatal supranacional. La idea hegeliana de Estado precede y orienta la guerra en ambos casos. El final

de la historia se concebía como la reconciliación del Espíritu con el mal, pero la realidad no confirmó ni cumplió esta idea. El universalismo se utilizó para justificar el egoísmo del Estado y la catástrofe, como algo necesario para el cumplimiento de la Historia.

Rosenzweig no vivió la Segunda Guerra Mundial, pero su pensamiento ofrece claves para abordarla, para comprender sus causas. ¿Ayudará también a revisar y repensar o reformular la situación mundial actual? Rosenzweig quiso señalar en *La estrella* un camino para evitar la absolutización de la Historia y de los Estados. Son consideraciones intempestivas, en el sentido de que no están orientadas a pensar un tiempo concreto, sino cualquier tiempo. Son consideraciones oportunas, siempre que queramos atender a ellas: poseen un cariz atemporal que las vuelve eternas, aplicables a cualquier contexto.

Los autores del estudio que concluye la obra comprenden que *Globus* contiene una filosofía de la mundialización en clave política e histórica, que será abandonada tras la Gran Guerra. En *La estrella* no se busca la reconciliación hegeliana universalista, sino la redención, en la que las partes no son silenciadas ni superadas por el todo. En este sentido, el judaísmo tampoco será superado por el cristianismo, sino que permanecerá como elemento metapolítico, metahistórico, que hace imposible el universalismo que conduce al imperialismo. El judaísmo es para Rosenzweig “la resistencia a una historia que encubre facturas imperialistas y las cobra en ficciones universalistas” (221).

El diálogo con éste y el resto de escritos nos ilumina en la reflexión sobre la situación política actual. La tierra es el espacio que habitamos, pero que todavía no es la casa de todos. La lucha por el mundo, causa y meta de las grandes guerras, sigue vigente hoy. Leer a Rosenzweig nos deja inquietos, pues descubrimos que nuestras políticas no se han desprendido de este objetivo. Esto explica la continua sensación y situación de guerra, más o menos explícita, que vivimos. ¿Podrán desprenderse nuestras políticas de este objetivo: la lucha por el mundo?

Toda la obra de Rosenzweig nos pone en alerta frente al universalismo de nuestras metas políticas (la aspiración a la unidad del

todo). El «nuevo pensamiento» defiende el carácter irreductible de las partes, expresadas en la pluralidad de realidades y de fenómenos, que el imperialismo intenta cancelar. Esta filosofía puede ser considerada un antídoto contra el peligro de aceptar universalismos que en el fondo esconden formas de tiranía. Lo será en la medida en que no sólo lo leamos, sino que seamos capaces de dialogar con sus escritos y plantear desde su mirada, las preguntas oportunas en cada momento. ¿Seremos capaces?

Referencias bibliográficas

Rosenzweig, F. (1994). *El libro del sentido común sano y enfermo*. Colección Esprit. Trad. de Alejandro del Río Herrmann. Madrid: Caparrós editores.

———. (1989). *El «nuevo pensamiento»*. Traducción de Isidoro Reguera. Madrid: Visor.

———. (1997). *La estrella de la redención*. Traducción de Miguel García-Baró. Salamanca: Sígueme.

———. (2014). *El país de los dos ríos. El judaísmo más allá del tiempo y la historia*. Traducción de Iván Ortega Rodríguez. Madrid: Encuentro.

Olga Belmonte García
Universidad Pontificia Comillas, España
obelmonte@comillas.edu